

VIERNES DÍA 5 CHARLA MAÑANA - AGUAS QUE NO FLUYEN (Mc. 10, 13-31): "ES QUE QUIERO SACAR DE TI, TU MEJOR TÚ" (Pedro Salinas)

1. ¿Qué debo hacer para que mi vida sea plena? *El joven rico*
2. Cuando el Señor nos descoloca. El miedo a soltarnos.
3. Palabras que tiran de nosotros para adelante. Mc 14, 24-29
4. ¿Conquistar como un héroe o recibir como un niño? Mc 8, 15-17.
5. El amor hace extraordinario lo ordinario.
6. "El ciento por uno con persecución... y la vida eterna".

"Perdóname por ir así buscándote tan torpemente, dentro de ti. Perdóname el dolor, alguna vez. *Es que quiero sacar de ti tu mejor tú*" (Pedro Salinas). Dios quiere sacar de cada uno de nosotros nuestra mejor versión, nuestro mejor tú.

Hoy queremos beber de las aguas de nuestra libertad. Libertad no en el sentido solamente de "que yo hago lo que me da la gana", también, es sobre todo: Qué quiero hacer yo con mi vida de cada día. Para muchos de nosotros/as las grandes decisiones ya están tomadas, pero en nosotros está cómo queremos vivirla, desde qué aguas, desde qué actitudes, hacia dónde queremos que discurra nuestra vida de cada día. Y entender que **también esa fuente está en el Señor**. En varios sentidos. Es la relación con el Señor la que limpia las aguas de nuestra obediencia, porque fácilmente se nos llenan de adherencias, de impurezas, de autobúsedas. Y entonces nuestra vida se hace como esos remolinos que hay en los ríos que no hacen más que dar vueltas sobre sí mismos. Él es la fuente de nuestra libertad, porque nuestra libertad nos la ha dado Él.

Somos capaces de entregar la libertad al Señor y al día siguiente empezamos la reconquista de todo lo que le entregamos. Y cuando nos volvamos a ir, que nos vamos a ir un día sí y otro no, y le reclamemos la libertad, ésa que le ofrecimos un día, pedíamos esta mañana: "por favor no me hagas caso". Pero lo tremendo es que nos va a hacer caso, nos va a devolver nuestra libertad. **¡Es tremendo cómo respeta Dios nuestra libertad!**, hasta escandalizar, porque la empleamos tantas veces contra Él, contra los demás y contra nosotros mismos.

Hay un autor que dice que Dios lo puede todo, menos aquello que más le gustaría poder: el que recibamos todo su amor. Eso no puede... sin nosotros, sin nuestra libertad. Sin nuestra libertad quiere no poder. Y un piensa a veces si Dios no nos habrá dado una herramienta demasiado valiosa para nosotros. Pero la apuesta de Dios es muy clara. Dios quiere nuestra libertad, con todas las consecuencias. Como cuando nosotros queremos la libertad de la gente que realmente amamos, con todas las consecuencias. Y cuando no, es que nos estamos desviando. Nos estamos apropiando.

Y en un último sentido, Dios no sólo es la fuente de nuestra libertad, su origen, también es la meta: **nuestra libertad es para Él**. Somos de Él y somos para Él. Para eso hemos sido creados, para Él. La libertad es una conquista necesaria y cuando vamos alcanzando a ser libres la siguiente pregunta es ¿y qué hago yo con esta libertad? Es para Él. Y la sensación es que cuando nos ha costado tantísimo conseguir nuestra libertad, nos apegamos a ella, nos emborrachamos de ella, nos hacemos fuertes en ella. La libertad se queda a medio camino si se convierte en un fin y no en el medio más precioso para amar bien. Para entregarla libremente y por amor. Como dice la adivinanza: "¿qué cosa es que cuanto más la das, más tienes? La libertad"

Si nuestra libertad se reserva, perdemos la oportunidad de que esa semilla tan preciosa dé el fruto para el que ha sido diseñada. Extrañamente cuando nuestra autonomía la compartimos, esa libertad se expande y se esponja. Y cuando es a Dios a quien se la ofrecemos, aunque sea tan torpemente, tan a medias... es libertad nuestra ha encontrado, por fin, su lugar. Porque ya no importa el grado de libertad que haya alcanzado a conquistar, el listón de mi autonomía. Sino que la preciosidad de lo que Dios es capaz de hacer con esa autonomía ofrecida. Mucha o poca. Rácana o generosa.

El día de hoy queremos **convertir el agradecimiento en disponibilidad**. Queremos que la corriente de la Gracia alcance nuestra libertad. Estamos tan agradecidos, hemos recibido tanto que nos gustaría ser un poco como tuberías de esta agua que discurre dentro de nosotros. El día de hoy vamos a contemplar dos escenarios. Por la mañana, otra vez con todo realismo, vamos a comprobar cómo en ocasiones nuestra tuberías se atascan y no dejan discurrir la corriente de la Gracia. Nos asustamos y volvemos tristes a beber de nosotros mismos. Y esta tarde veremos a un escenario diferente. Comprobaremos cómo el agua de la Gracia encuentra en una persona tuberías despejadas por donde poder discurrir con libertad.

Es por eso que el ejercicio de hoy se sitúa en el contexto de la colaboración con la Gracia. La experiencia de la Gracia consiste precisamente en saber que lo más importante, lo definitivo, lo inédito, lo fundamental nos ha sido dado. No es consecuencia ni resultado de nuestros esfuerzos o méritos, no está condicionada a nuestra respuesta.

Lo cual no quiere decir que nuestra responsabilidad como capacidad humana que es (capacidad de "responder") quede anulada, suprimida o mutilada. Queda resituada. Ya no es una meta a conseguir, es una

herramienta, una dimensión humana que yo pongo al servicio de mi Señor. No es un baremo de mi valía o de mi coherencia es un torpe instrumento de su Hacer. Mi responsabilidad queda resituada.

El Dios que me acoge como soy en mis circunstancias quiere pronunciar sobre mi vida palabras que tiren de mí para adelante. Quiere “sacar de mí mi mejor yo” (Pedro Salinas) y para ello me coge de la mano y me saca de mis “pequeñas aldeas”, de mis “pequeños mundos”. Por eso la pregunta esta mañana es: **¿Qué palabra de parte del Señor quiere tirar de mí para adelante?** Puede ser: “Rema mar adentro, esperanza adentro, no te quedes en la orilla de lo controlable”, “no tengas miedo”, “¡queda libre!”, “Adora y confía”, “ven a trabajar a mi viña”, “entrégame tu confianza”, “aprende un poco más a descansar en mí”.... Pedir esta tarde que las palabras que quieren tirar de nosotros para adelante sean sostenidas por la mirada confiada y cariñosa del Señor. De modo que no haya desincronización entre mirada que acoge y palabra que tira de mí para adelante.

1.- ¿Qué debo hacer para que mi vida sea plena?

Nos encontramos con un relato que gira y se estructura en torno a **la mirada**. La mirada penetrante y llena de cariño que Jesús dirige a este joven. Y la mirada, cargada de tristeza, con la que el joven se marcha. Esta mañana queremos pedir al Señor que nuestros ojos recojan esa mirada, la suya, la que aquel joven rehusó. Queremos preguntarnos ¿Qué había en esa mirada de Jesús? y ¿Por qué aquel joven generoso miró para otra parte? ¿De dónde le vino la tristeza? ¿Por qué se marchó tan triste?

Normalmente solemos hacer una lectura moralista de este texto y resaltamos por ejemplo la necesidad de no apegarnos a las riquezas, sean materiales o no. La necesidad de compartir lo que somos y tenemos, como camino bueno para seguir a Jesús. Y así es. Pero este texto expresa una situación vital que se produjo en aquel joven entonces y que se sigue produciendo en quienes queremos seguir a Jesús.

Lo mismo que a Zaqueo, a nuestro personaje le mueve el **deseo de ver a Jesús**. Y, como aquel, también éste se echa a correr. Y, al dar con Jesús, se pone de rodillas a sus pies. Gestos en los que adivinamos ya que es una **persona que busca**, que pudiéndose conformar con lo que tiene (más que de sobra), aspira a algo más. Su búsqueda es sincera y desde ahí se dirige a Jesús: “Maestro bueno, ¿Qué debo hacer para heredar la vida? **¿Qué debo hacer para que mi vida sea plena?**”

Ojalá que estas preguntas no se nos caigan nunca de los labios. Que nunca renunciemos a una vida más verdadera, más consciente, más plena. Que la aceptación de la realidad, el realismo, no nos precipite a los brazos de la resignación. Que ni la edad, ni las limitaciones, ni los empeños que no dieron mucho fruto, ni nuestras equivocaciones, ni nuestro pecado, ni los precios que pagamos, ni las estructuras que a veces nos aprisionan... ahoguen nuestro deseo de que nuestra vida sea plena, entregada y que mantenga la necesaria tensión evangélica, sin la cual la vida de un discípulo es como la sal que se ha vuelto ya del todo sosa. No vale nada.

Pero sobre todo que estas preguntas no dejemos de dirigírsela a Jesús, como este joven. “En lo que a mí me toca, en el momento en que estoy ¿Qué he de hacer Señor para que mi vida sea plena?” La búsqueda de este joven, su deseo de radicalidad es sincero, aunque como veremos, sea también ambiguo.

Jesús, entonces –continua nuestro texto- al oír eso de “maestro bueno”, parece como si, en un acto de humildad, quisiera sacudirse del hombro el cumplido de este joven: “Oye tú, que sólo Dios es bueno”. Pero quizá en esta frase se está condensando mucha de la trama de este relato: un joven que aspira a ser bueno, que necesita verse bueno. Pero que realmente no tiene la convicción, profunda y humilde, de que “sólo Dios es bueno”. Quizás, porque es joven, le falta la experiencia de haber comprobado **en qué acaban muchas de nuestras buenas intenciones de ser buenos**, muchos de los intentos de radicalidad en los que, quizás sin saberlo demasiado, nos mirábamos más a nosotros mismos y lo que íbamos a ser capaces de hacer y de demostrar que lo que Dios nos ofrecía de bondad, de paciencia, de transformación desde dentro; de contar con nuestro pecado y con el pecado del mundo. De sabernos unos “siervos inútiles”. Se nos llama a ser radicales, sí... pero primero: **radicalmente agradecidos**.

Quizá este joven no sabe todavía, o lo sabe solo teóricamente, que **la bondad de Dios se recibe cada mañana como un regalo que empapa nuestro corazón**. Que semejante bondad nunca puede ser una conquista ni es una meta que desafía nuestra capacidad de sacrificio o de esfuerzo. Que nunca y de ninguna manera estaremos a la altura de esa bondad. Pero es que ni siquiera se nos pide eso. No hace falta.

Y Jesús, que sabe acompañar nuestras búsquedas, no rechaza ni desprecia el camino que aquel joven lleva recorrido hasta entonces. Ni tampoco se pone a discutir con sus pretensiones. Con una pedagogía muy suya le va llevando poco a poco de la mano, como hizo con la samaritana o con el ciego de Betsaida, al lugar donde quiere encontrarle. De entrada, simplemente le recuerda: “*Ya conoces los mandamientos*”. Y sí, aquel hombre conoce muy bien los mandamientos. En ellos se siente seguro, ahí está bien indicado qué ha de hacer para heredar la vida, ahí aparecen comportamientos, actitudes, normas y criterios muy claros. “*Maestro todo eso lo he cumplido desde pequeño*”.

2.- Cuando el Señor nos descoloca, el miedo a soltarnos.

Y es entonces cuando aparece la mirada de Jesús. ¡Una mirada cargada de cariño! La de aquel que sabe lo que habita en el corazón de cada uno de nosotros. Una mirada cargada de compasión pero también de verdad. Jesús quiere llevar a ese joven más allá y en una dirección muy distinta a la que aquel se esperaba. Quiere sacar de él su mejor

versión, “es que quiero sacar de ti tu mejor tú”. Tu “mejor tú” es esa estatua oculta en la piedra bruta que toda está sin cincelar.

Una cosa te falta: “vete, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo. Luego ven y sígueme”. El tesoro no es venderlo todo y dárselo a los pobres... el tesoro es tener la suficiente libertad para poder hacerlo. Y esa libertad brota, mana de la mirada de Jesús. Mirada que limpia nuestros apegos. Que ofrece a nuestra vida otro “objeto del deseo” mucho máspreciado. “Si conocieras el don de Dios, ya todo lo demás pasaría a segundo plano”. El tesoro es tener que en ese “ven y sígueme” el corazón encuentra su mayor riqueza, es lo suficientemente cautivador, verdadero y valioso como para que venderlo todo no sea un ejercicio de ascesis insoportable. Sino un deseo de que nada me aparte de ese don.

Y da la sensación de que aquel joven atendió a las palabras desmedidas de Jesús pero **descuido su mirada más desmedidamente cariñosa aún**. A veces las palabras de Jesús no descolocan porque estamos demasiado apegados a nuestras seguridades. Y entonces es su mirada la que tiene que recolocarnos, la que hace que esas palabras inesperadas o difíciles no nos echen fuera del seguimiento.

En el evangelio hay las dos cosas: palabras que tiran de nosotros para adelante, que nos resultan exigentes y miradas que nos sostienen en esa exigencia. ¡Las dos cosas! Y la tentación es quedarnos o con la una o con la otra. No escuchar las **palabras exigentes** del evangelio es domesticarlo; impedir que tire de mí para adelante, que despierte y oriente mis energías; evitar que me sitúe ante una palabra, la de Jesús, que tiene toda la autoridad sobre mi vida (aunque yo se la niegue tan a menudo); no haber descubierto todo lo que me juego delante de esta Palabra; olvidar que todo lo demás es menos importante que esto y que la obediencia, mi obediencia (libremente ofrecida), es cauce a través del cual Dios va haciendo su obra en el mundo... Sin estar abierto a recibir estas palabras exigentes (que no hay por qué ir a buscarlas porque llegan ellas mismas, en medio de la vida, a los oídos del que está atento) corremos demasiado riesgo de manipular el evangelio, de ponerle filtros, de descafeinarlo.

Pero si reducimos el evangelio a las palabras exigentes e ignoramos **la mirada del Señor que nos sostiene** entonces la tentación será otra vez caer en un radicalismo voluntarista, en el mejor de los casos. Es desde esa mirada cariñosa desde donde hemos de escuchar las palabras del evangelio que nos *descolocan*. Es su mirada la que nos *recoloca* de nuevo. ¿Qué predomina en mí en estos momentos? ¿Cómo atender la una, descansando en la otra?

3.- **Palabras que nos exigen, miradas que nos sostienen Mc 14, 24-29**

Acaso si la mirada del joven se hubiera encontrado con la de Jesús, entonces sí que habría podido ir a donde las palabras le enviaban. Acaso hubiera recibido en ella, en esa mirada y por contagio, algo de “esa fe que mueve montañas”, que mueve voluntades; acaso hubiera encontrado en el mirar de Jesús algo de ese “fíate de mí” que desbarata nuestras defensas. Un poco de ese “yo seré tu suficiencia” que da alas a nuestro desprendimiento; un poco de ese “no tengas miedo que yo estaré contigo, que no te voy a dejar” o aquel “Yo quiero ser, para ti, tu riqueza a satisfacción” que decía Francisco de Asís, cuando miraba lo que Dios era para él: el verdadero sentido de su pobreza.

Pero aquel joven sólo escuchó una propuesta que le descolocó totalmente y **no encontró mirada donde agarrarse**. No acertó a mirar más allá porque no acertó a mirar a quien le miraba con el cariño de la confianza y de la fidelidad. Tan sólo sintió que se le quitaban el suelo bajo sus pies. Intuyó todo lo que de renuncia y de exigencia suponía lo que Jesús le proponía. Y sintió el miedo, mucho miedo.

Cuando aquel joven pensaba que estaba a pocos centímetros de la perfección personal y espiritual, Jesús le desbarata. Estaba casi en la meta pero él corría en la carrera equivocada del cumplimiento, del voluntarismo ético, de la radicalidad formal. Y Jesús le cambia de escenario. “En la carrera del cumplimiento ya no hace falta que hagas más marcas. Ahí ya eres un campeón. Pero ¿Por qué no te entrenas para la maratón de la *libertad interior* y del *seguimiento a mi persona*? ¿Por qué no dejas de mirarte tanto a ti mismo y a tus logros y comienzas a mirar hacia afuera, con mirada desapegada? ¿Por qué te atas tanto a tus riquezas personales, a tus poderes y conquistas, a tus méritos y así vives tan agarrotado, con tanto miedo a perder? ¿Por qué intentas acumular unas seguridades que, en realidad, no son tales, que son una ilusión que te entretiene la vida, nada más?

El **dinero es y simboliza todo aquello a lo que nos apegamos** con la ilusión de que con ello tenemos garantizada la seguridad. Porque nos asusta el sentirnos desprotegidos. Nos apegamos al dinero, pero también a la imagen social que queremos mantener y engrandecer; nos apegamos a nuestras costumbres inamovibles, a nuestras ideologías y justificaciones, a nuestros horarios y rutinas, a nuestras creencias de siempre, a nuestra comodidad o a nuestra imagen; nos apegamos incluso a nuestra riqueza personal: nuestros conocimientos, nuestras capacidades personales, nuestra sensibilidad, nuestras opciones; incluso nos apegamos a nuestras tristezas, a lo mal que estamos, a la melancolía, a lo poco que somos... y no queremos o no podemos salir de ahí tan fácilmente... Cuando Dios deja de ser Dios en nuestra vida y en nuestro corazón, ese lugar rápidamente es ocupado por cualquier cosa. Y casi siempre con la pretensión de ocupar todo el espacio, todo el poder y con la pretensión además de quedarse.

Y con cariño, lo que hace Jesús con este joven es descolocarle. Lo que intenta es quitarle el “falso suelo” bajos sus pies. Porque somos así, porque nos estancamos constantemente, es por lo que el Señor tiene que darnos, de vez en cuando, un meneo, zarandearnos, a ver si espabilamos, para que no nos estanquemos. “Señor de los descolocados,

¿Dónde quieres descolocarme en estos momentos? Y es que el salto de la confianza no se da de una vez y para siempre. Llega, la necesidad de confiar, cuando la vida, y Dios en ella, nos lo piden.

En el fondo la pregunta más importante que surge entonces es ésta: **En esto que te pasa o que te pido: ¿Te vas a fiar de mí?** Las situaciones de zozobra siempre nos colocan en esa tesitura. Cuando fallan tus seguridades, porque has perdido un trabajo, porque se ha roto una relación que era muy importante para ti, porque has tenido un disgusto morrocotudo, porque te han cambiado de destino o de trabajo, o a un lugar que no te gusta nada; porque las reducciones de la vida van haciendo que ya no seas la/el que eras, porque no puedes aprisionar el amor y lo siente a cuentagotas... En situaciones como éstas ¿Te vas a fiar de mí?

Hay veces que sientes que la mirada de Jesús te está pidiendo un salto cualitativo, un acto profundo de confianza: una relación más entregada, más amorosa y menos recelosa con Él; una implicación en una tarea que te va a traer muy pocas gratificaciones, pero que sabe que tienes que estar ahí; un modo de estar con tu pareja o con tus hijos o con tus hermanos de comunidad que no es fruto del voluntarismo sino obediencia a Dios...

En la vida de un creyente hay momentos de todo tipo: momentos de éstos que estamos hablando. **Momentos de sacudida**, momentos en los que se nos pide fiarnos sin avales, un acto de confianza, que no descansa en el voluntarismo sino en lo que hemos descubierto en la mirada de Jesús. Y hay también **momentos de confirmación** (de una sacudida que ya recibimos en el pasado). ¿En qué momento me encuentro yo? ¿Cuál predomina?

A veces tenemos la lucidez de darnos cuenta de que estamos en uno de esos momentos importantes y entonces hacemos lo de Pedro en el lago, pedirle al Señor: “mándame ir hacia ti, Señor, sobre las aguas” (Mt. 14, 24-29), no en barca o sobre tierra firme sino sobre las aguas de la confianza, ahí donde no sabemos dónde pisar y dónde no hacemos pie”. “No sé dónde me vas a llevar, Señor, pero no me importa si es Contigo”.

Otras veces es Jesús, como en el caso de este joven, el que nos quita el suelo donde pisábamos despreocupadamente. Y unas veces nos pide permiso, como dice la versión de Mateo: “Si quieres ser perfecto”, si quieres. Y otras veces directamente nos pone delante un cruce inesperado de camino y nos dice: “por aquí”. Y en nosotros está ir por ahí o, como este joven, retirarnos. Incluso hay veces en que el Espíritu tiene que usar el bisturí, tiene que sajar, y lo hace entre sollozos porque sabe el dolor produce, pero sabe también que no encuentra otro remedio para que la vida estancada acabe abriéndose camino.

Cuando las palabras de Jesús nos resultan demasiado duras, **siempre nos queda acudir a su mirada** para entrar en ellas con Él. Llamados y sostenidos por su mirada. Hay miradas que nos sostienen. En nuestras relaciones incluso, conocemos a personas así, portadoras de miradas que, silenciosamente, son capaces de sostener nuestros sufrimientos, hasta que acabamos de vaciar el depósito de nuestras lágrimas. Miradas que no se precipitan, que saben esperar. Miradas que acogen toda nuestra fragilidad, todos nuestros miedos. No los eliminan ni los barren de un plumazo pero los templan, introducen en ellos la paz del Resucitado, aunque no hablen de esto ni remotamente. Miradas que nos devuelven lo mejor de nosotros mismos, que despiertan recursos internos que, de otra manera, no hubieran salido a la luz. Realmente el poder de la mirada es impresionante. Frágilmente impresionante.

Y si seguimos con ese relato de Pedro, podemos recordar, con todo realismo, lo que pasa. Pedro, generoso él, salta de la barca y se pone a caminar sobre las aguas, pero dice el texto que sintió la violencia del viento y comenzó a hundirse. Y entonces gritó: “Señor, sálvame”. Porque cuando estamos más pendientes de la violencia del viento o de lo que estamos siendo capaces de hacer, cuando perdemos la mirada del Señor, entonces nos hundimos, ¡nos hundimos del todo! **Pedro perdió esa mirada y comenzó a hundirse**. Afortunadamente la mano del Señor lo rescató.

Y así Pedro fue aprendiendo algo muy importante, que hay cosas para las que sólo **la mirada del Señor** puede sostenernos. Lo cual ¡es tan frágil! Porque no disponemos de esa mirada como si fuera una propiedad o un seguro de vida. Porque esa mirada no nos libra del miedo. No nos libra de vivirlo pero nos protege de su poder destructor y paralizante. **El Señor mismo nos protege de nuestros miedos**: miedo a no acertar, miedo a equivocarnos, miedo a gastarnos inútilmente, miedo a la soledad, miedo a la inseguridad. Miedos que nos agarrotan. La mirada, cargada de cariño y de fidelidad, de Jesús se encontró con la mirada llena de miedos y de apegos del muchacho. No se pudo producir el milagro del encuentro, de caminar sobre las aguas, sabiéndose sostenido.

4.- ¿Conquistar como un héroe o recibir como un niño? (Mc. 18,15-17)

“Jesús *mirando* a su alrededor dijo: ¡Qué difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas (porque se apegarán a ellas)!”. La mirada de Jesús pasa del joven, que se marcha lleno de tristeza, a sus discípulos que habían asistido silenciosamente a este encuentro. Dice el texto que “los discípulos se asombraron y decían entre sí, entonces quien puede salvarse”. Y la respuesta de Jesús es bien clara: “nadie puede”. Cuando un voluntarista escucha esto se pone nervioso, cuando lo escucha uno de los pequeños del reino, lo entiendo perfectamente. Para ellos **no es humillante el no poder**. Ni es desmotivador o alienante. Es su verdad más profunda con la que se sienten entrañablemente reconciliados. Los pequeños del reino hacen de su no poder, de todas sus experiencias de impotencia, **un camino que les lleva directamente a Aquel que lo puede todo**. Y no se cansan de acudir a Él. Porque para Dios no hay nada imposible.

Extrañamente, o quizá no tanto, este texto del joven rico viene precedido por otro en el que le presentan a Jesús unos niños para que Él los toque. Los discípulos les regañan, intentando que no molesten al maestro, pero Jesús,

dice el texto, “se indignó y les dijo: Dejad que los niños vengan a mí, no se lo impidáis, porque de los que son como ellos es el reino de Dios. Os aseguro que *el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él. Y, tomándolos abrazándoles los bendijo imponiéndoles las manos*”.

De lo que nos habla Jesús no es de una radicalidad de héroes sino de aquellos que, lo mismo que los niños, son capaces de poner toda su fragilidad en las manos del Padre. De los que saben confiar del todo. De los que acogen el reino como los niños reciben y acogen los regalos. Y es curioso porque a nosotros, habitualmente personas responsables, básicamente buenas y cumplidoras, lo que nos va a salvar es nuestro “niño interior”, nuestra capacidad de acoger, de recibir, de confiar, de asombrarnos, de soltarnos por dentro. Por eso Jesús, frente a la represión de sus discípulos, lo que hace es abrazar y bendecir a los niños. Esta mañana podemos rescatar también para nosotros ese abrazo a nuestro niño, a veces muy reprimido (como éstos que eran regañados por los discípulos). Abrazar ese niño que acoge los tesoros del reino como un niño. Y dejar que Jesús abraze y bendiga al niño que somos. No se lo impidamos nosotros, habituales “regañadores de niños interiores”

Dicen que en la edad adulta, cuando ya llevamos un buen cacho de experiencia vivida, **lo que nos salva es, precisamente, ese “niño interior”**. Y en el seguimiento a Jesús esto está más que claro. La responsabilidad del adulto sí, pero sostenida por la confianza y el abandono del niño. Síntesis que el Espíritu va fraguando dentro de nosotros, con evidente dificultad. Cuando se recibe así la vida, el adulto no se ahoga ni en sus éxitos ni en sus fracasos. Cuando se recibe así el reino, el adulto vuelve constantemente a la experiencia de la Gracia: como niño que recibe gratuitamente, novedosamente, del Padre el reino que le entrega cada día. Y, con él, su ración de amor, de confianza, de fuerzas, de tarea para cada día.

5.- El amor hace extraordinario, lo ordinario. Dejarlo todo “por mí y por la buena noticia”.

Hay una **radicalidad de ida**, en la que nos parecemos mucho a este joven rico. Estaríamos dispuestos a dejarlo todo. Aunque al día siguiente comenzamos la reconquista de lo que hemos dejado atrás. Y hay una radicalidad de vuelta. Mucho más sobria, más cotidiana, más humilde, menos pretenciosa, más llena de la compasión del Señor para con nosotros. Una radicalidad que no se basa en el “más” de la generosidad, sino en el “más” de nuestra confianza y en el “más” de su fidelidad.

En esta **radicalidad de vuelta**, lo importante ya no es lo que hacemos y el brillo que tiene, sino el “por ti, mi Señor; por ti y por tu buena noticia”. Una radicalidad que se va haciendo a través de mucho tiempos de encuentros con el Señor; de mucha intimidad compartida que se abre al mundo; de mucho estar atentos a lo que el Señor quiere de nosotros, en cada momento; de un intento amoroso por mantener una sana “tensión evangélica” que nos lleve a vivir despiertos sin crisparnos. Atentos porque nos sigue asaltando la tentación de la resignación, del estancamiento. Atentos porque el Señor ha querido y sigue queriendo contar con nosotros. El amor hace extraordinario lo ordinario y quizá no nos toque “venderlo todo y darlo a los pobres” sino desprendimientos acaso menos vistosos, menos aparatosos, pero no menos importantes. Desprendimientos que nos va imponiendo la vida o desprendimientos que necesito para ganar en libertad o sencillamente porque no se puede vivir siempre todo. Y desprendimientos, que también existen, porque siento que es el Señor quien me los pide y que no siempre alcanzo a ver el lugar exacto que ocupan en la historia de salvación.

Siempre nos costará dejar aquello a lo que nos apegamos, aquellos a los que nos apegamos. Nos cuesta mucho aprender a soltarnos por dentro. Ganar en esa libertad interior que nos hace un poco más libres y un poco más disponibles para el Señor. Pero ojala que “tanto en riquezas como en empobrecimientos” tengamos siempre la mirada atenta al Dios que nos sostiene. “No me hagas salir de aquí, si Tú no vienes conmigo” (Ex.33, 15). “Yo estaré con vosotros todos los días, hasta el final” (Mt. 28,20).

6.- “El ciento por uno con persecución... y la vida eterna”.

Aquellos discípulos lo habían dejado todo y el Señor les promete y les concede cien veces más. Eso es lo que tiene el Señor, no estamos con Él por el premio que esperamos recibir, no nos implicamos en el reino buscando satisfacciones o recompensas... pero el Señor es de una generosidad impresionante. Cuando un discípulo mira atrás ve que en su vida ha dejado algunas cosas, pero ha recibido cien veces más, con algunas persecuciones. Y en el mundo futuro la vida eterna. ¡Sí, la vida eterna!

Durante años esta fe en la vida eterna se volvió demasiado sospechosa de escapismo, de falta de implicación en el mundo y lo que es peor de coartada de muchas injusticias y de mucha resignación. Los creyentes hemos tenido que recuperar (y subrayar para evitar esa crítica) la dimensión terrena y la implicación a fondo en esta vida y en este mundo. Pero una vez que hemos comprendido que la fe en la vida eterna no es “un consuelo facilón para huir de lo trágico de este mundo”, necesitamos volver a situarnos en este horizonte que nos ha abierto la resurrección del Señor. ¡No seamos miopes! **¡No reduzcamos el don de Dios a lo que nuestra mirada convencionalmente racionalista dicta que ha de limitarse!** Extrañamente incluso, creo que no hay mejor fuente de implicación en este mundo y en esta vida que la conciencia, la libertad y el agradecimiento de que esta vida no concluya en los límites de la muerte.

“Maestro bueno, ¿Qué he de hacer para heredar la vida eterna?” “No poner barreras al poder de mi mirada. Dejarte empapar por ella, dejarte conducir a donde ella quiera llevarte. Soltarte y confiar. Recibir el reino con la confianza con que un niño pequeño mira atento a los ojos de su madre. Lo demás se os dará por añadidura”.